PALABRAS ANTIGUAS

OBRAS DE VILLAESPESA

POESÍA

Intimidades.
Flores de almendro.
Luchas.
Confidencias.
La copa del Rey de Thule.
El alto de los bohemios.
Rapsodias.
Las canciones del camino.
Tristitiæ Rerum.
Carmen.
El Patio de los Arrayanes.
Viaje sentimental.
El mirador de Lindaraxa.
El libro de Job.
El jardín de las Quimeras.
Las horas que pasan.
Saudades.
In memoriam.
Bajo la lluvia.
Torre de marfil.
Andalucía.
Los remansos del crepúsculo.
El espejo encantado.
Collares rotos.
Los panales de oro.
El balcón de Verona.

Palabras antiguas.

PROSA

El milagro de las rosas.
El último Abderramán.
La venganza de Aischa.
Zarza florida.
Breviario de amor.
Vida y Arte:
I Julio Herrera Reissig.
Las granadas de rubíes.

TEATRO

El Alcázar de las Perlas (tragedia árabe en cuatro actos y en verso).

R 50 107

FRANCISCO VILLAESPESA

Palabras antiguas

(POESÍAS)

MCMXII

MADRID. IMPRENTA HELÉNICA

PASAJE DE LA ALHAMBRA 3.

ES PROPIEDAD

I

Y vieron mis pupilas visionarias
en la noche brillar como una aurora
las profusas y claras luminarias
del regio alcázar donde el placer mora.

Siglos hubo durado mi viaje.
Mis pies sangraban... Me acerqué á la puerta
que era en la noche obscura del paisaje
como con flor de luz recién abierta.

Mas en la puerta, armado de una lanza,
dijo el negro guardián: — Pasa, si quieres,
mas tienes que dejar toda esperanza...

Empuñé mi bordón de peregrino
— Sin esperanza ¿para qué placeres?—
dije... y de nuevo proseguí el camino.

II

De cara al cielo, el místico cruzado,
en el lúgubre campo de derrota,
yace con el escudo aún embrazado,
sobre la diestra aún la espada rota.

Los cuervos aguzando su graznido
empañan el azul cual negra nube.
Dos le contemplan fijos, y, atrevido
otro hasta él por el escudo sube.

Mientras que descubierta la visera
á los rayos del sol, muestra el guerrero
las nobles líneas de su faz severa,

despreciando lo injusto de la suerte,
con un gesto tan noble y altanero
que no ha logrado destruir la Muerte.

III

En el hueco de un arbol un sonoro
enjambre sus zumbidos diluía,
y en el lago la tarde despedía
fulguraciones de imperial tesoro.

En un sangriento y fugitivo lloro
la luz crepuscular desfallecía,
en la cinta amaranto que prendía
sobre la nuca tu cabello de oro.

Ibamos de regreso, torturados
por una vaga sensación de angustia,
cuando al mirar la luz huir del cielo

nos quedamos de súbito parados...
¡Para llorar nuestra ventura mustia
sacamos á la par nuestro pañuelo!

IV

Ha de surgir el héroe de Castilla.
Todo su pronta aparición predice.
Ya clara en el azul su estrella brilla;
y en su retiro el silencioso aurífice,

curvado sobre la labor sagrada,
con paciencia y vigor cincela y bruñe
la rica cazoleta de la espada
para que el nuevo Emperado la empuñe;

y señale á los nuevos paladines,
entre el oro triunfal de los clarines,
con gesto audaz, el vértice más alto

de todas las montañas de la tierra,
para clavar en él, tras el asalto,
su victorioso gonfalón de guerra.

OFRENDA

Desnúdate de toda cosa impura,
alma, que el paso de su sombra evocas!
Se ha deshecho la tarde y las primeras
estrellas resplandecen en la altura.

Despójate de toda vestidura
mortal, y tus efímeras quimeras
abandona, cual rosas pasajeras
que deshoja tu mano en la espesura.

Borra todo recuerdo en tu memoria;
ten un olvido para cada historia
que no fuese la suya. Pon en calma

tu corazón, para que cuando entre
á consolar tu amor, tan sólo encuentre
la eterna y pura desnudez del alma!

LAS LLAVES DEL JARDIN

En profusas marañas sangran rosas;
la hierba los senderos ha borrado,
y el surtidor de mármol se ha secado
ahogado por las zarzas espinosas.

.

Del banco el musgo recubrió la piedra.
Por los altos cipreses abaciales,
en pródigas y verdes espirales
ascienden las serpientes de la hiedra.

Parece que á tu suelo maldecido
una antigua tragedia ha enrojecido,
que algo terrible tu silencio sabe...

Y que una dura mano ensangrentada
á toda indagación cerró tu entrada,
y en el fondo de un pozo echó la llave.

LA CASA CIEGA

El escudo de piedra berroqueña
con sus quinas, su escala y su castillo,
en el ruinoso muro de ladrillo
su altiva cicatriz de gloria enseña.

El noble herraje del balcón reclama,
la austeridad galante de un hidalgo,
que apoyando la mano sobre un galgo
diga versos de Góngora á su dama.

Vieja casa, en tus largos corredores
ya no arrastran la espuela los señores,
ni relincha el corcel junto á la puerta,

con su casco escarbando el empedrado...
El único balcón que te ha quedado
es la ciega pupila de una muerta!

SPES

En vivo arco de dolor curvada
hacia atrás, suelta la guedeja obscura,
trémulo el labio, inmóvil la mirada
y crispadas las manos de amargura;

en alto la rodilla, atravesada
por el diente de un ancla la cintura,
trágica se desarma tu hermosura
sobre la estéril playa abandonada.

Todo el hondo dolor acumulado
por la tristeza humana, estremecido
en estertores lívidos revelas...

Así mis tristes ojos te han mirado
hace tiempo... No sé si fué en la Vida
ó en un dibujo de Julio Ruelas!

GRIEG

Opus. 16.

Solloza Grieg. La frente pensativa
se inclina entre las manos... — Di ¿te has ido
ó estás dentro de mí? — Llora la música
como diciendo adiós, en un suspiro,
á la esperanza que se va y no vuelve,
á lo que pudo ser y nunca ha sido.

¿Volverás? Tu soberbia aristocracia
de pompa llena mis jardines y mares,

surgiendo entre los oros del crepúsculo
como del fondo de algún cuadro místico.

Un heraldo te anuncia: tu recuerdo;
y un paje, rubio y joven: mi cariño,
con altivo ademán lleva la cauda
de tu manto de púrpuras y armiños.

La música de Grieg pliega tu túnica,
ajustando tus pasos á sus ritmos,
y el vesperal crepúsculo te envuelve
en la opulencia de su fasto antiguo.

Ya distingo el marfil de tu semblante,
entre el humo de ensueño de tus rizos,
y tus obscuros ojos milagrosos
de viejas glorias... Sin querer, sonrío
á tus manos, tendidas en un gesto
de entrega generosa, á tus divinos

labios, donde los besos van á abrirse
para embriagar de amor á mis delirios...

Mas todo es polvo, es humo que se pierde,
al volver un recodo florecido...

Y de nuevo el desierto; la llanura
interminable y árida... Un olvido
de ti y de todo, me amortaja el alma,
y no sé si estoy muerto ó estoy vivo...

Y la música sigue sollozando...
Y en las olas alèjase un navío
todo púrpura y oro, con la prora
hendiendo el mar de lo Desconocido...

¿Al viejo puerto tornará la nave?
¿Regresará la golondrina al nido?
Y Grieg, de nuevo, desolado gime
en un canto nostálgico... Respiro

con la angustia de un náufrago, en la playa
de una remota soledad perdido,
en cruz sobre la arena, como un muerto,
rotas las sienes y en mi sangre tinto.

¡Amor! amor! amor! ¿Por qué la música
resucita tu voz en mis oídos,
si nunca más te escucharé, quimera
ó ruiseñor, en mis jardines íntimos?
¿Por qué vuelvo á sentir entre mis manos
algo que por ser tuyo no fué mío?

¿Por qué vuelvo á esperar? — Solloza el canto
como gimiendo por tu amor perdido;
y la tarde y la música y nosotros,
todo cuanto en mí hay tuyo y en ti mío,
se van desvaneciendo para siempre
en el humo angustioso de un suspiro...
¿Al viejo puerto tornará la nave?
¿Regresará la golondrina al nido?

I

De vuelta de la lucha, ensangrentado,
con mi piel de león sobre la espalda,
¡cuántas veces mi sién he reclinado
en el tibio reposo de tu falda!

Y eran tan dulces tus sonrisas, era
el silencio tan plácido y profundo,
y tan honda la paz, cual si no hubiera
ni monstruos ni tristezas en el mundo!

Y olvidaban mis manos las gargantas
hirsutas de los líbicos leones
y los monstruos que asolan los senderos,

viendo volar las horas á tus plantas,
hilando en frágil rueca los vellones
de tus blancos y tímidos corderos!

II

Una cálida ráfaga de estío
asciende del jardín y nos excita...
Y hacia una paz serena é infinita
nos arrastra la noche, como un río.

Presintiendo la dicha me sonrío,
mientras de amor el corazón palpita,
y á tu marmórea desnudez agita
un fugitivo y brusco escalofrío.

Sobre tu espalda tremulante escribo
la invitación de un madrigal lascivo,
y el alma de cariño se acurruca,

en un beso muy largo y muy sonoro,
al esconder mis labios entre el oro
tibiamente fragante de tu nuca.

III

La luz tiembla en la lámpara. Parece
que por el soplo de tus labios llora...
El silencio de espanto se estremece...
En el viejo reló tiembla la hora...

Está abierta la puerta, cual si fuera
tu ilusión á pasar... Sueña la alfombra
con tus sandalias y el sillón espera
los frágiles encajes de tu sombra.

Con los brazos tendidos aún te espero...
El labio se abre al beso, y la mirada
se rasga en la impaciencia de mirarte...

Solo en la ausencia de pavor me muero,
¡porque viviendo para el mundo, Amada,
tengo como á una muerta que llorarte!

IV

La ola nos separó; me quedé á solas
con tus memorias tristes y queridas,
entre el ronco tumulto de las olas
que iban juntando y separando vidas.

Y me senté en las rocas, escuchando
del mar el sordo murmurar de selva,
llorando tu partida y esperando
la nueva ola que á juntarnos vuelva.

El tiempo el ansia de mis sueños trunca:
la ola que te arrastró no vuelve nunca.
Pero mi alma, en la ribera, sola,

por tu regreso ha sollozado tanto,
que si no vuelve á unirnos otra ola,
nos unirán las olas de mi llanto.

V

Me asesina la fiebre de tus besos.
Lejos de ti me matarán las penas...
¡Ven, aunque crujan de dolor mis huesos
y salten rotas de placer mis venas!

Te estrecharé en mis brazos de tal suerte,
nuestro amor con tal fuerza ha de ligarnos,
que nadie, ni en la Vida ni en la Muerte,
ha de poder de nuevo separarnos.

¿Qué nos importa el odio inexorable?
Ven á mis brazos y el pasado olvida...
Será nuestra existencia un beso fuerte,

absorbente, voraz, interminable,
que empezará en el seno de la vida
y acabará en el seno de la Muerte!

VI

Patios de sombra en el sopor de estío;
perfume de frescura de la fuente
que en el silencio palpitar se siente
con un febril y lento escalofrío;

el ensueño flotante de la hamaca
bajo el fresco verdor del emparrado;
el aire que se aduerme extenuado
en cálidos perfumes de albahaca...

Aletargado el corazón procura
soñar, huyendo de la sorda pena
y el tedio de la vida cotidiana,

con la fragante y lúbrica frescura
de algún baño morisco y la morena
desnudez de una lírica Suitana!

VII

Muero de sed, y mi dolor me bebo;
y aunque sé que me olvidas y me engañas,
no te puedo olvidar, porque te llevo
como á un hijo, metida en mis entrañas.

Aun cuando encona tu desdén mi herida,
amarte hasta morir será mi orgullo...
¡Mientras me quede un átomo de vida,
ese átomo de vida será tuyo!

Sufrir no puedo más, y estoy tan loco,
que toda pena me parece poco
para pagar tu amor y tu ternura...

Ni en la Muerte mi amor podrá olvidarte,
¡que aun en el fondo de la sepultura
mis huesos crujirán al recordarte!

VIII

Esta perpetua soledad me espanta.
Mi mal no encuentra un corazón amigo.
¡Si pudiera abrazarme á tu garganta
y mis tristezas sollozar contigo!

Hoy tengo precisión de tu ternura.
Mi vida necesita de consuelo,
¡de brazos que sostengan mi amargura
y no la dejen desplomarse al suelo!

En la carne, en el alma, la honda herida
que tus manos cerraron, hoy se ha abierto...
Y con su sangre escápase mi vida!

Mi jardín sin tu cuido se deshoja...
¡Sin ti mi corazón es como un muerto
que no encuentra ni tumba que le acoja!

IX

Si en tus desvelos sospechar pudieras
lo enconado y profundo de la herida
que me abriste al partir, quizás volvieras
con tu cariño á reanimar mi vida.

Desangrado se muere el pecho mio...
Es cada hora una esperanza menos...
No me espanta la muerte, pero ansio
expirar al amparo de tus senos.

Yo soy un pobre niño sensitivo
que fuera de tu amor no encuentra nada.
Algo de mí al marcharte te has llevado...

Yo no sé qué será... Mas sé que vivo
como un cuerpo sin alma, ó como un alma
que sin cuerpo y sin vida se ha quedado.

X

Oigo tu corazón. Temblando siento
en el silencio su tenaz latido:
es el reló que marca mi tormento,
péndulo que jamás indica olvido.

Isócrono y tenaz me va diciendo
las hondas penas del amor distante...
Te estoy hablando, y te estoy oyendo
hablarme de tu amor á cada instante.

Igual que te recuerdo, me recuerdas:
como combato yo, tu amor combate,
y á veces se estremece de igual frio...

Tanto tu afán con mi dolor concuerda,
que el corazón qne tras mi pecho late
ya no sé si es el tuyo ó si es el mío!

XI

En las vagas penumbras de la estancia
un perfume sutil soñando que ha
olor de carne de mujer, fragancia
de cabellos, de encajes y de seda.

Algo tibio y sutil que nos evoca,
cuando ahora en el recuerdo lo aspiramos,
el aliento calino de una boca
que en un sueño, muy pálidos, besamos.

Vaga como en los templos el incienso,
un perfume de besos tan intenso
que hasta parece que en tus labios nace...

Al par místico y lúbrico, y tan fuerte,
que deja mi faz pálida y me hace
cerrar los ojos y anhelar la muerte.

XII

Sonreia entre sueños, reclinada
la sien sobre los blancos almohadones,
con la mano de nieve aún apoyada
en un pequeño libro de oraciones.

Tocaba á misa la campana. El eco
de un paso incierto resonó en la calle,
y del balcón por el luciente hueco
penetraban los árboles del valle.

Mientras ella soñaba, yo veía,
aspirando el olor de los jardines
hasta ensanchar con su frescura el pecho,

fulgurar la primera luz del día
en el áureo hebillón de sus chapines
colocados en fila al pie del lecho.

XIII

Este lecho ha crujido bajo el peso
del insaciable ardor que nos inmola,
mientras en un interminable beso
hicimos de dos vidas una sola.

Hoy tiembla bajo el peso de mis duelos,
y me ve, recordando tu cariño,
morder las blancas sábanas de celos
para acabar llorando como un niño

Soñaba tu ilusión que hubiera sido
cuna quizás de algún recién nacido...
Mas no lo quiso nuestra adver-a suerte,

y si no vuelves á cerrar mi herida,
donde soñaste ver nacer la Vida
tal vez contemples expirar la Muerte.

XIV

Las horas vienen á enconar mi herida.
Sin ti es un infierno la existencia,
¡y no sé cómo aún puede mi vida
soportar el martirio de tu ausencia!

Mi dolor ya no encuentra lenitivo...
Tengo un miedo infinito de perderte,
¡y cuando pienso en esto, siento, aún vivo,
todo el suplicio eterno de la Muerte!

Por eso, sangre de mis venas lloro,
temiendo que me roben mi tesoro,
único oasis de mi gran desierto...

¡Si alguna vez tu veleidad me olvida,
aun cuando vivo pase por la vida
seré, sin ti, para el Amor un muerto!

XV

Al cerrarse tus párpados, inerte
quedaste, extenuada por mis besos,
y fué mi brazo violador tan fuerte,
que sentí de placer crujir tus huesos.

Hasta en el corazón hubo un instante
de olvido y de embriaguez... Sólo se oía
desgarrando el silencio, un jadeante
respirar angustioso de agonía.

Bajo el reflejo de la luz incierta
te vi palidecer como una muerta...
Tus ojos despertaron á la vida,

y entreabriste los labios sonrientes,
mostrando entre lo rojo de su herida
el blancor enfermizo de tus dientes.

XVI

Riendo como entraste, así te fuiste,
¡oh, amada de unas horas de lascivia!
dejando á solas á mi carne triste
con el recuerdo de tu carne tibia.

Nuevas caricias matarán mi hastío...
Sobre otro seno olvidaré tu nombre,
como mañana olvidarás el mío
suspirando en los brazos de otro hombre.

¿Qué quedará de ti, luego que el día
brille en la alcoba donde fuiste mía?
En mi carne, el deseo satisfecho,

el hueco de tu sien en la almohada,
y alguna horquilla rota y olvidada
en las revueltas sábanas del lecho.

XVII

Bucólica dulzura de la cita
junto á la fuente que el nogal sombrea,
mientras el perro á nuestros pies dormita
y el agua entre los juncos silabea!

¡Oh, de tu seno núbil la blancura
surgiendo entre las gasas y las cintas,
para ofrecer al labio la dulzura
de sus fresas en roja sangre tintas!

¡Oh, tu pupila, en que temblando queda
mi rostro, entre el verdor de la arboleda!
Tus mejillas tan tristes y tan pálidas,

que parece que van á deshojarse...
¡Y la opresión de nuestras manos cálidas
que no quieren tan pronto separarse!

XVIII

Matar el ansia de tu carne ansío
en el ardiente amor de otra mujer,
y hallo sólo las náuseas del hastío
donde busco el olvido del placer.

¡Cuántas veces tu nombre he pronunciado
en un espasmo, loco de pasión,
y al oirlo, de pronto me he quedado
espantado de mi profanación!

En la frialdad del tálamo desierto
también mi carne para el goce ha muerto...
¡Sólo tú la podrás resucitar!...

¡Con los brazos tendidos, esperando
las horas vi pasar, siempre soñando
con los besos que nunca me has de dar!

XIX

En la tranquila alcoba todo aguarda
la alegre irradiación de tu belleza,
mas como tanto tu belleza tarda,
todo se está muriendo de tristeza.

Todo está igual que lo dejaste. Cada
objeto evoca tu perfil lejano,
sueña con la ilusión de tu mirada
y las fragantes sedas de tu mano.

En las memorias del ayer me pierdo...
En la penumbra el lecho se destaca...
Y se entornan de gozo las pupilas,

aspirando en las ropas el recuerdo
de esa mezcla de ámbar y albahaca
que perfuma el vellón de tus axilas!

XX

Todo está igual que ayer! Todo te espera...
Aún conservan las sábanas del lecho
entre el aroma de tu cabellera
fragancias de las rosas de tu pecho.

Aún sueña el eco con tu voz; aún queda
en el aire el calor de tu mirada,
y en mis manos nostalgias de la seda
de tu cálida carne perfumada.

Aún algo tuyo se quedó soñando
en el encantamiento de esta estancia
que llora de tus besos las saudades;

y aún se cierran mis ojos, aspirando
en el revuelto lecho la fragancia
más íntima de tus intimidades.

XXI

Bajo la luz que trémula desriza
de tus pestañas el vellón de oro,
sugieren tus pupilas un tesoro
de esmeraldas lacustres de Suiza.

¡Mirada que hasta el alma se desliza,
si en mi profunda soledad la imploro,
y que cuando se empaña con un lloro
todo cuanto refleja lo idealiza!

Bajo su luz de nuevo reverdece
el verdor de mis muertas primaveras
en un florido y fértil alborozo,

pues al mirar tus ojos me parece
que entre un húmedo ensueño de palmeras
me contemplo en el fondo de algún pozo.

XXII

La luna derramó chales y blondas
de fosfórica luz sobre el paisaje,
plateando la escama de tu traje
en la ilusión de mis pupilas hondas.

Tembló sus claridades en las frondas,
y en la verde maraña del ramaje
desflecó todo el oro de su encaje
para besar tu imagen en las ondas.

Curvamos nuestras frentes coronadas
de áureas estrellas y de blancas rosas,
sobre el espejo astral de la laguna,

y juntas se llevó nuestras miradas
á Venecia de ensueño tabulosas
en su dorada góndola, la Luna.

XXIII

Engalana tu testa la guirnalda
del dorado cabello que deshecho
aletea en la nieve de tu pecho
y rueda sobre el mármol de tu espalda.

Frente al espejo, te sonrojas, viendo
temblar en él tu desnudez perfecta,
mientras la rosa de tu seno, erecta,
al calor de los dedos se va abriendo.

De pronto, toda pálida, vacilas,
curvas el torso que en su anhelo atrae
á algo invisible que tu ardor provoca,

y se ponen en blanco tus pupilas;
y en un estéril beso se contrae
el clavel encendido de tu boca!

XXIV

Eres al par insinuante y fiera...
Tiene tu cuerpo ágil é indolente
vagas ondulaciones de serpiente
y flexibilidades de pantera.

En tu pálida faz, los labios rojos
en una invitación de amor florecen,
y bajo las pestañas fosforecen,
con verdor de cantáridas, tus ojos.

La tibia pulpa de tu piel suave
exhala un acre y penetrante aroma...
Cuando tu iris el placer dilata

finge tu voz, entrecortada y grave,
temblorosos arrullos de paloma
y rosnidos histéricos de gata.

XXV

Bajo mis resoplidos encelados
y mis foscas narices dilatadas,
en un beso fundidos y enlazados
sobre las silenciosas almohadas,

todo tu cuerpo era un parpadeo
de púdicos y frágiles carmines,
que volaban al soplo del deseo
en un deshojamiento de jazmines.

En un temblor profundo é infinito
palideciste. Con la faz inerte,
— ¡Mátame! — suspiraste, dando un grito,

en tus entrañas al sentirte herida
de esa herida inmortal que no da Muerte
y en cambio sirve para darnos vida!

XXVI

La noche sorprendióuos frente á frente
en el silencio ambiguo de un enfado...
Yo contemplaba tu perfil amado
esfumarse en las sombras lentamente,

presintiendo tu labio displicente
en un rictus de orgullo levantado,
tu adusto ceño y tu mirar helado,
y hasta la leve arruga de tu frente.

Y mi orgullo saltó roto á pedazos,
y hacia ti me arrojé de angustia opreso;
pero al querer prenderte entre mis brazos,

todo tu sér desvanecióse en sombra,
y en el silencio deshojó mi beso
sus lágrimas de amor sobre la alfombra.

XXVII

Se sumergió mi lúbrica quimera
en el sedoso mar de las tinieblas
con que la noche de mi lecho pueblas
al desatar tu larga cabellera.

Rasgué con mano trémula los lazos
del cendal que tus ébanos velara,
y de orgullo temblé, cual si gozara
á la Noche desnuda entre mis brazos.

En la viciosa obscuridad moría
tu voz. El alma en las tinieblas era
como un lirio que cierra su albo broche,

mientras clavados sobre mí veía
fosforecer tus ojos de pantera
en las negras pestañas de la Noche.

XXVIII

La sombra del jardín nos envolvía,
y todo parecióme á nuestro lado
por algún genio amigo conjurado
para que fueras, como fuiste, mía.

La tiniebla aumentaba á cada instante...
Sólo tus joyas y tus lentejuelas
en el mar de las sombras circundante
dibujaban fosfóricas estelas.

Entre las ramas nos hallamos presos:
dejaron de brillar tus avalorios,
y temblando de amor y ebrios de besos,

juntos rodamos sobre el negro piélago...
¡Y la noche cubrió tus desposorios
con sus velludas alas de murciélago!

XXIX

OFRENDA

Desde el broncíneo trípode sagrado
suben al cielo en espiral de aromas,
la sangre de las cándidas palomas
y el humo del incienso perfumado.

Entre las ascuas arde lentamente
el alma de la hija de Cyniras,
mientras danzan doncellas, y se siente
un gemido de flautas y de liras.

Luchar no puedo, Amor, con tus hechizos,
y á la sombra inmortal de tus laureles,
sueño en el mármol de tus miembros tersos.

Y para ornar la noche de tus rizos
vuelan á ti, ebrias de himetas mieles,
las abejas de oro de mis versos.

NOCTURNO DE LLUVIA

De la lluvia espesa y fria
bajo el lento gotear
poco á poco cabecea
y se duerme la ciudad.

Todas las pupilas buscan
refugio en la obscuridad,
hastiadas de ver lo mismo
que otras pupilas verán,

y fatigadas y rojas
de llorar
por lo que otros han llorado,
y otros, después, llorarán!

Todo se fué ya durmiendo;
sólo despiertos están
el Dolor y la Desgracia,
la cárcel y el hospital.

Para el que dormir no puede,
porque es tal su soledad
que hasta el sueño le abandona,
¡qué triste será escuchar
de la lluvia espesa y fría
el continuo gotear!

Para el que en la sombra espera
recatado en un portal,
con la venganza en los ojos
y en las manos un puñal...

¡qué triste es sentir la lluvia
lentamente gotear!

Para el pobre que no tiene
ni un amigo ni un hogar,
y en el quicio de una puerta
se dispone á pernoctar,
mientras, temblando de frío
contempla, tras el cristal,
al resplandor de la lámpara,
un lecho en que descansar,
¡qué blasfemia dará al viento,
y qué rabia sentirá
cuando en su cuerpo se filtre
de la lluvia la humedad!

Todo se fué adormeciendo.
Sólo despiertos están
mi corazón y mi alma,
mi dolor y mi piedad.

Dolor de tanta amargura
como ha herido mi solar;
un cordel en la garganta
y en el costado un puñal!

Una gran piedad eterna
por toda la Humanidad;
por aquellos que se fueron,
por aquellos que vendrán,
y hasta por Dios que nos hizo
bajo un signo tan fatal
que el placer es un momento
y el dolor eternidad...

¡Si Dios tiene alma y oídos,
con qué pena escuchará
de la lluvia lenta y fría
el continuo gotear!

I

Es, señora, tan dura mi condena,
forzado á vuestra nave encadenado,
que al contemplar lo triste de mi estado
hasta el propio dolor llora de pena.

Yo tan sólo mi suerte juzgo buena.
De vivir tanto tiempo aprisionado,
no siento la prisión y hasta he llegado
á tomarle cariño á mi cadena.

A todo, á la más dura servidumbre,
nos aficiona al cabo la costumbre;
y si suelta me dierais algún día,

llorando de mi suerte las saudades,
al contemplarme libre, moriría...
Sin vos, ¿para qué quiero libertades?

II

Amor, á tus altares he venido,
y en señal del naufragio que he pasado,
yo con mis propias manos he colgado
del umbral de tu templo mi vestido.

Sólo penas y penas he traído...
Entre las olas donde he naufragado
sólo, vivas, mis penas he salvado,
y todas las venturas he perdido.

¡Que una sola sonrisa me conceda
la que prodiga á todos su ternura,
y deja al tiempo terminar su obra...

Y en cambio de lo poco que me queda,
para recompensar mi desventura
¡dame algo de lo mucho que le sobra!

III

Ojos de lince tuve, según creo,
hasta que en mi camino os encontraron...
¡Desde que vuestros ojos me miraron,
sólo, señora, vuestros ojos veo!

Mis pupilas cegaron con su brillo;
y como andar yo solo intento en vano,
habiéndome negado vuestra mano,
he tomado al amor por lazarillo.

Si no queréis que aquí me dé la Muerte
para acabar con pena tan sombría,
que me tendáis la mano, sólo os ruego...

Compadeceos de mi triste suerte...
¡Quedarse ciego, y tomar por guía
á la mano de un niño también ciego!

IV

Cada mirada tuya es una herida
que emponzoñan crueles tus desvíos...
Mas no apartes tus ojos de los míos
que, dándome la muerte, me dan vida!

La Muerte es á la ausencia preferida.
Matadme, mas no huyáis, ojos sombríos...
Sin vosotros, mis ojos son dos ríos
que lloran sangre por vuestra partida!

Contigo he de morir y sin tí muero.
Mas que te quedes he de suplicarte.
Si el verte y el no verte me dan muerte,

entre ambas cosas que elegir, prefiero
la muerte deliciosa de mirarte
á la muerte espantosa de no verte!

V

Os diré, francamente, que me extraña,
y perdonad, señora, mi osadía,
que seáis para mi amor tan dura y fría
cuando nacisteis bajo el sol de España.

Ya sé que á veces la apariencia engaña,
y mi vista al miraros desconfía...
Bajo tal hielo, amor, arder podría
igual que arde el volcán en la montaña!

Mas no hagáis caso de mis advertencias,
y nunca las toméis por insolencias
del que supo inspirar vuestros enojos,

y proseguid mirando con desvíos,
pero mirad al menos estos ojos
que son vuestros, señora, por ser míos!

VI

Os dí mi corazón, la vida entera,
para que hicierais cuanto os agradara,
y si algo más, señora, me quedara,
ese algo más también mi amor os diera.

Por vos hasta los cielos ascendiera
y los astros más fúlgidos robara,
pero vos sois conmigo tan avara
cuan pródigo con vos yo ser quisiera.

Como os dí cuanto tuve y cuanto he sido,
una limosna á vuestras puertas pido...
¡Compadeceos de mi triste estado!

Y ya que nada vuestro queréis darme,
dadme á lo menos, para consolarme,
algo, señora, de cuanto os he dado!

VII

Si os ofendió, señora, mi osadía,
con creces esa ofensa mi alma pena,
y mayor que el delito es la condena,
porque nunca podré llamaros mía.

Piedad no pido, aunque decir podría,
sabiendo como sé que sois tan buena,
que castigar en mí la culpa ajena,
eso, más que rigor, es cobardía!

Á disculparme enmudecer prefiero...
Sufro en silencio y en silencio muero.
Sólo una cosa en mi dolor os pido:

Odiadme con más saña, si queréis,
pero nunca, señora, me olvidéis...
Prefiero vuestro odio á vuestro olvido!

VIII

Llorando las tristezas de no verte
vagaba el pobre Alicio sin aliento,
cuando ahogando sus quejas un momento
en viejo tronco esta inscripción advierte.

·

«Llora, Amor, las maldades de mi suerte!
Sembrar quise esperanzas en el viento,
y al ver trocado en humo mi contento
al pie de este nogal me di la muerte!»

debajo, con mano temblorosa
grabó Alicio esta queja lastimosa:
«¡Aún mi destino fué más inclemente!

Mi esperanza también vi destruida,
y por castigo me dejé la vida
para poder llorarla eternamente!»

IX

Tranquilo, Amor, á tu presencia vengo,
sin temor á tus flechas ni á tu lanza,
que no podrás robarme la esperanza
porque ya ni esperanza en nada tengo.

Con toda pena sin luchar me avengo,
pues en mí se ha operado tal mudanza
que á comprender mi corazón no alcanza
de pie, por qué milagro, me sostengo.

En vano, en vano, Amor, es que deslices
flechas al arco para herir mi vida...
Estérilmente tu furor renuevas...

Podrás hacer sangrar mis cicatrices,
¡mas no esperes abrirme nueva herida
que en mí no hay sitio para heridas nuevas!

X

Penas que por mi mal os conjuráis
¿qué daño mi querer os tengo hecho
cuando sin tregua devoráis mi pecho
y con toda esperanza en tierra dais?

El sueño de mis ojos ahuyentáis,
sembráis espinas en mi propio lecho,
y es tal vuestra crueldad que hasta el derecho
de quejarse á mis labios le negáis!

¡Compadeceos de mi triste estado
y ya que no me deis goces serenos,
acabad de una vez dándome muerte!

Y si no os satisface esta condena,
sed compasivos y decirme al menos
en qué pequé para sufrir tal pena!

XI

Mientras tuve la dicha ambicionada
de toda otra ambición estuve exento,
embriagados los labios de contento
y ebria de cosas de ella la mirada.

Pero aquella ventura sosegada
duró apenas la sombra de un momento,
igual que el polvo que disipa el viento
la miré entre mis manos disipada!

Y hoy vierto á solas sin cesar mi llanto
ya de toda ilusión desvanecido...
Y nunca espero que mi llanto ceda,

pues no hay pena mayor como el quebranto
de recordar el bien que se ha perdido
cuando ya ningún otro bien nos queda!

XII

La suerte es de mi amor tan enemiga
que la esperanza para siempre aleja,
y aun cuando el labio de dolor se queja
á callar su dolor al labio obliga.

A veces finge una sonrisa amiga,
y al parecer de perseguirme ceja...
Mas si un momento respirar me deja,
es que de tanto herirme se fatiga!

Con tal furor en mí te has ensañado
que de tanto sufrir me encuentro loco. .
No sé si soy un vivo que se siente

morir, para vivir más angustiado,
ó un muerto que revive poco á poco,
para morir más pobre y tristemente!

XIII

Aquella dicha, por ser dicha mia,
nació á destiempo y feneció temprana,
como esa flor que se abre á la mañana
y se deshoja al despuntar el día.

Cuando apenas su cáliz entreabria
estaba muerta mi esperanza vana:
trasunto fiel de la existencia humana
y símbolo fugaz de la alegría.

Dura con ella se mostró la suerte,
quizás al contemplarla tan hermosa...
Por más esfuerzos que en su ayuda hice

no pude libertarla de la muerte,
pues pasó de la cuna hasta la fosa
en menos tiempo de lo que se dice.

XIV

•

Llorar, tímidas fuentes sosegadas
que en el verde silencio de los llanos,
mirasteis separarse aquellas manos
que nunca estar debieron separadas.

Despojaros, frondosas enramadas,
de vuestras flores y ramajes vanos...
Están ya los amantes tan lejanos
que jamás os veréis en sus miradas!

Enmudeced de pena, ruiseñores,
que los oísteis sollozar de amores
al desligar los brazos de los cuellos...

¡Y sécate de horror, musgo sombrío,
que en las cálidas siestas del estío
perfumaste de ensueño sus cabellos!

XV

Me piden mis pupilas que te vea,
me dicen mis recelos que me aparte,
y no sé si mirarte ó no mirarte
pues temo que un error mi muerte sea!

De abandonarte, á veces, siento idea...
¿Pero podré vivir sin contemplarte?
Mi amor entre dejarte y no dejarte
no sabe ni sabrá lo que desea.

Y por saber qué hacer, mi amor daría
todo cuanto ha perdido y cuanto ansía...
Pero mi corazón desesperado

que no hay remedio á su dolor presiente,
que me muero de celos á tu lado,
y me mata la pena, de ti ausente.

I

Canta una voz muy lejana,
tan lejana que parece
que á consolar mis tristezas
de alguna estrella desciende...

¡Estrellas, claras estrellas,
aquel que una voz no tiene
que le anime en su camino
¡qué bien vuestra voz comprende!

La voz murió en un suspiro,
y una estrella el cielo hiende,
como lágrima de plata
que en un velo azul se pierde...
¿Será la voz de la estrella
que á darme consuelo viene?

II

Llueve, llueve...
En el gris de la humedad,
ni á dibujarse se atreve
la sombra de la ciudad.

Brotan negros desconsuelos
de la lluvia al lento son...
La tristeza de los cielos
se ha entrado en mi corazón!

Llueve, llueve...
¿Quién se atreve
á moverse ó á soñar,
mientras que la lluvia llora
en continuo resbalar?

¡Señor, mi dolor lo implora,
tened compasión de mí!...
¿Por qué recordar ahora
todo cuanto ya perdí?

III

Al fondo el parque pomposo,
la marmórea balaustrada,
con su Mercurio leproso
y su Venus mutilada.

Pavos reales abriendo
los cien ojos de sus colas...
Blancos rebaños paciendo
en praderas de amapolas.

Y coronados de flores,
unidos en el zorzico
las manos, somos tú y yo,

enamorados pastores
de un idilio de abanico
de Boucher ó de Watteau.

IV

Bajo la tarde de seda
en el estanque sonoro,
brilla la verde arboleda
con resplandores de oro.

Y entre las rosas lejanas
pinta custodias astrales
el sol sobre las ventanas
de las torres ojivales.

En el lago se retrata
la marmórea escalinata...
Y avanzando, lento y bello,

bajo el verdor del ramaje,
un cisne firma el paisaje
con la ese blanca del cuello.

V

Con tu amplio canotier
de fina paja de Italia
que adorna una inmensa dalia
y un lazo rojo, en el *break*

reclinada, siempre cruzas
el crepúsculo de oro,
al trote largo y sonoro
de tus yeguas andaluzas.

Ni tu nombre... No sé nada...
Sólo sé que tu mirada
azul, tiene una apacible

ternura, un yo no sé qué,
que de amor y de imposible
enferma aquel que te ve!

VI

Bajo el oro de tus rizos,
tu hondo mirar enigmático
refleja el verdor acuático
de los paisajes suizos.

Si me envuelve tu mirada
siento el dulce escalofrío
de quien se baña en un río
bajo la verde enramada.

Y si á su amparo me duermo,
por concordancia lejana,
sueño siempre con Guillermo

Tell, el arco tenso y fijo,
derribando la manzana
de la testa de su hijo!

VII

Bajo la toca de lino
nos sugiere tu perfil
de un icono bizantino
la palidez de marfil.

Pura y blanca como el cirio
que en tu celda se consume,
te da su pureza el lirio
y la rosa su perfume.

Siempre postrada de hinojos,
llenos de llanto los ojos
te vas consumiendo triste,

igual que un cirio encendido...
¿Lloras algún bien perdido,
ó algún don que no tuviste?

VIII

Pareces con tu peinado
que es artístico tesoro,
sobre la nuca afianzado
por agujones de oro,

y la túnica turquesa
de crisantemos bordada,
una figura arrancada
de una laca japonesa!

Menuda, flexible y ágil,
belleza efímera y frágil...
Mi mano está temerosa

de acariciar tu tesoro,
no vaya á trocarse en oro
como una mariposa!

IX

Rosal que Otoño deshoja
vuelve en Mayo á florecer
¡rosal de la juventud,
sólo florece una vez!

Al deshojarse las rosas
los ruiseñores se van;
mas vuelven, con los rosales
en Primavera, á cantar...

¡Goza el amor, que el amor
si se va, no vuelve más!

I

Bárbara Musa de coturno trágico,
engendro de Medea y de Saturno,
todo se seca y muere bajo el mágico
influjo destructor de tu coturno.

Mi sangre de pavor se paraliza
cuando en mis castas soledades, Musa,
en las cortinas del umbral se eriza
tu espantosa cabeza de Medusa.

A tu presencia tiembla el alma entera;
y atacado de súbita ceguera
por sendas laberínticas me pierdo.

Y en las sombras sin fin que me rodean
siento que se despiertan y hormiguean
las víboras hambrientas del recuerdo!

II

¡Qué sueño horrible de pavor! Recorre
aún mi carne nervioso escalofrío...
Aún me eriza el terror... ¡Nada hay que borre
la roja angustia del ensueño mío!

Ensangrentada entre mis brazos... Siento
aún — y olvidarlo intento en vano —
en mi oído la muerte de tu acento
y el calor de tu sangre por mi mano...

He envejecido en estas horas tanto
que verme en el espejo me da espanto...
Maldiciendo el rigor de su destino

se muere el corazón desesperado...
¡Ven y calma el dolor de este asesino
que en un sueño de amor te ha asesinado!

III

Saltar tus ojos de terror querían...
Era un turbión de espanto tu cabello,
mientras mis dedos lívidos se hundían
en la frágil blancura de tu cuello.

Bajo el espanto de tu faz crispada
mis manos te asfixiaban cual serpientes,
y sangraba tu lengua amoratada
entre el blancor pasmado de tus dientes

Te vi palidecer y desplomarte...
Desperté... Lancé un grito de agonía
y entre las sombras comencé á llamarte...

Y me quedé de pronto enloquecido
al verme en el espejo, porque había
en una sola noche encanecido!

V

Mi vida entera es como una llama.
Me siento arder. Todo lo ven mis ojos
como á través de una asfixiante flama
que todos los objetos torna rojos.

Vienes ardiendo toda. Tu vestido
es una llama que en el aire ondea,
y arremolinado y encendido
como una antorcha tu cabello humea.

Me fascina tu ardor de calentura...
Bésame entre tus brazos, con locura,
pues consumen tus labios cuando besas.

¡Haz que ardan mis despojos en tu fuego,
y en la Nada inmortal aventa luego
la efímera ilusión de mis pavesas!

V

Esta ola de fuego que me envuelve
me arrastra hacia un país desconocido,
y de nuevo á la playa me devuelve,
y me deja en la arena sin sentido.

Y temblando de angustia me despierto,
y me encuentro asfixiado de bochorno,
tendido en las arenas de un desierto
cálido y crepitante como un horno.

El fuego persistente de tus ojos
me envuelve todo en sus reflejos rojos,
y me arrastra á las aguas de algún río;

y en el silencio de su agua helada
mientras tirita el alma agarrotada
se oyen mis dientes rechinar de frío.

VI

Llegó el negro fantasma arrebujado,
con un gesto de horror y de pavura,
arrojó sobre mí su aliento helado
y me sentí morir de calentura.

Mi carne se rasgaba como para
morir, y mi osamenta se rompía,
como si á dentelladas desgarrara
mi cuerpo una famélica jauría.

Y surgen de mi horror, en dislocantes
danzas, extraños seres que me abruman,
porque de mi existencia son compendio,

como esas chispas de oro crepitantes
que saltan y se agitan y se esfuman
entre las rojas lenguas de un incendio.

VII

Toda la senda es como una hoguera,
y yo camino tembloroso y ciego,
tras de la antorcha de tu cabellera
que es como un lampo atravesando el fuego.

Mi planta abrasan los carbones rojos;
me envuelve en espiral la calentura;
siento la asfixia, y al abrir los ojos
todo mi cuerpo es una quemadura

Y del incendio al resplandor te veo
encendida de amor y de deseo,
sonreir sin quemarte entre las llamas...

Dulce te inclinas sobre el cuerpo mío,
y en mis heridas, al besar, derramas
una alegre frescura de rocío.

VIII

Muerte, en mis noches, di ¿por qué no exhalas
el olvido letal de tu perfume?
Abiertas sobre mí sus negras alas
el vampiro del Tedio me consume.

Siento en la boca, helando mis deseos,
las sucias humedades de su hocico,
mientras el buitre de los Prometeos
devora mis entrañas con su pico.

Noche ¿por qué el terror de tus tinieblas
de extraños seres y de monstruos pueblas?
Ningunos brazos mi dolor amparan...

Se oyen crujir mis huesos de agonía,
como si mi cadáver devoraran
los dientes de famélica jauría.

IX

La obscura noche amortajó la Tierra,
y ahullando de furor desciende el viento
—monstruosa sombra de un chacal hambriento—
de las guájaras negras de la Sierra.

El alma, ciega de pavor, se encierra
como en la estéril celda de un convento,
en la desolación de un pensamiento,
corza que echó de su breñal la guerra.

— Señor — clamo con labio tembloroso,
clavadas las rodillas en el suelo,
— ¡Dame un poco de paz y de reposo!

He dejado mi vida abandonada
bajo la negra maldición del cielo
en la cruz del Dolor crucificada!

X

... Y me dijo el fantasma ¿por qué tarda
tu mano en arrancar esa cadena,
cuando lejos de aquí, una serena
felicidad sin límites te aguarda?

Naufragará tu cuerpo, mas gallarda
el alma libre pisará la arena...
¡Para olvidar la angustia de tu pena
deja al recuerdo que en las sombras arda!

Arroja luego su ceniza al viento,
y cuando todo se haya consumido
sobre la tierra y en tu pensamiento,

— Fénix por el amor purificado —
renacerá tu sueño del olvido,
inmemore de todo lo pasado!

I

Vi una noche de angustia y de misterio
que lo que dentro de mi alma había
en incendiaria dispersión huía
hasta dejarla como un cementerio.

Y arrastrado por ímpetus obscuros,
por el contagio trágico del miedo,
yo también escapé, rezando el Credo,
saltando ciego por sus rotos muros.

Y me encontré de pronto taciturno,
pisoteada la sangrienta veste,
en la inquieta avalancha de basalto

del desgreñado pánico nocturno
de una ciudad que huye de la Peste
ó de las pesadillas de un asalto.

II

Pasaron junto á mí, en el delirio
de los apocalípticos degüellos,
vírgenes, humeantes los cabellos
como vivas antorchas de martirio,

semblantes fugitivos y atezados
partidos por sangrientas cicatrices,
ancianos retorcidos cual raíces,
con los ojos de horror desencajados.

niños con la cabeza chamuscada...
Y todo entre un horrísono concierto
de gritos, de blasfemias y oraciones...

Y alguna madre loca y desgreñada
que lactando acercaba á su hijo muerto
las llagas de sus flácidos pezones.

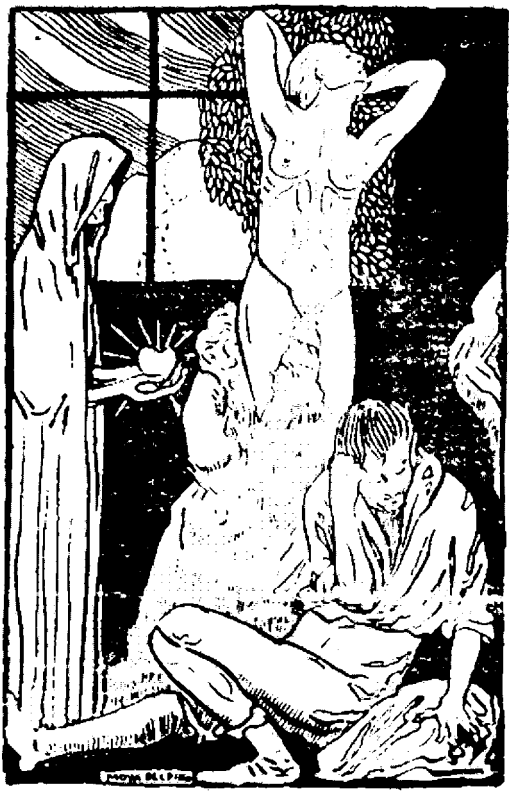
III

Y aquel ronco y terrible vocerío
se apagó en los silencios de lo arcano,
como se pierde el clamoroso río
en la profundidad del Océano.

Y hundiendo en las tinieblas la mirada,
cuando todo rumor se hubo extinguido,
regresé á la ciudad abandonada
sordo de espanto y de terror rendido.

Los que altivos palacios fueron antes
eran tan sólo ruinas humeantes...
Al peso del dolor doblé los hombros,

y recordando sus gloriosos días
resucité, llorando, en sus escombros
la sombra tumular de Jeremías!



I

Tristes memorias de los tiempos idos
vuelven en funerarias procesiones,
á encender en mi estancia sus blandones
junto á tantos cadáveres queridos.

Todas con la mortaja polvorosa,
las túnicas sangrientas desgarradas,
igual que si acabaran desgreñadas
de alzarse de las piedras de una fosa.

En la oquedad de su pupila hundida
fosforecen recuerdos de miradas...
Su boca cantos pestilentes vierte.

Y en torno del cadáver de mi vida,
con un crujir de tibias descarnadas
bailan la zarabanda de la Muerte.

II

Unos vienen de lejos, de tan lejos
que siglos ha durado su viaje,
la fatiga ha esculpido su miraje
en las arrugas de sus entrecejos.

Un viento de pavor crispa y arruga
el sudario, y sus manos descarnadas
un grito arrancan de las oxidadas
cuerdas de un esqueleto de tortuga.

Sus harapos están llenos de lodos,
y bajo el tórax lóbrego y estrecho
aún palpitar su corazón se siente

con ritmo musical... Y llevan todos
cicatrices de heridas en el pecho
y un ramo de laurel sobre la frente.

III

Los hay lúgubres, trágicos y extraños,
curvados bajo el peso de la carga
de sus hondos pesares y la amarga
sabiduría de los desengaños.

Una argolla de hierro ciñe el cuello,
su sién taladra el clavo de la idea,
y en sus manos, el viento lento hojea
el libro del Destino, roto el sello.

Le cubren con sus alas las Quimeras,
y un aroma magnético de opios
sostiene la inquietud de sus desvelos.

Y la ansiedad de sus pupilas hueras
enfoca con sus largos telescopios
los cometas que cruzan las esferas.

IV

Los hay pequeños: larvas de deseos,
capullos que pudieron ser rosales,
que andan á cuatro pies como animales,
rumiando infantiles balbuceos.

Sonríen con sus labios desdentados.
Sus esqueletos mondos de impureza
tienen todos la púdica belleza
de los vírgenes senos intocados.

Son los ensueños que se malograron,
los efímeros sueños que duraron
apenas la ilusión de una alborada...

Huérfanos del amor y la fortuna,
cuya senda en el mundo está marcada
por un fugaz relámpago de Luna.

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
Palabras antiguas	7
Sonatas íntimas	17
Ofrenda	19
Las llaves del jardín	21
La casa ciega	23
Spes	25
Grieg	27
La rueca de Onfalia	31
Nocturnos de lluvia	91
Del huerto de los viejos rosales	97
Estrellas lejanas	129
Fiebres	149
La ciudad maldita	171
Zarabanda trágica	183

ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL XIX DE JUNIO DEL AÑO MCMXII
EN LA IMPRENTA HELÉNICA,
PASAJE DE LA ALHAMBRA,
NÚMERO 3,
MADRID